

Historia 32—El Hogar de los Salvos

El día de la venida de Cristo es un día de destrucción solo para el mal. Es un día de redención, no solo para el pueblo de Dios, sino para la tierra.

Dios creó la tierra para que fuera el hogar del hombre. Aquí habitó Adán en aquel jardín de delicias que el propio Creador había embellecido. Aunque el pecado ha dañado la obra de Dios, la raza humana no ha sido abandonada por su Creador, ni su propósito para la tierra ha sido dejado de lado.

A esta tierra han venido ángeles con el mensaje de redención, y sus colinas y valles han resonado con sus cánticos de regocijo. Su suelo ha sido pisado por los pies del Hijo de Dios. Y por más de seis mil años, en sus formas de belleza y dones para el sustento, la tierra ha dado testimonio del amor del Creador.

Esta misma tierra, liberada de la maldición del pecado, ha de ser el hogar eterno del hombre. De la tierra dice la Escritura que Dios «no la creó en vano, la formó para que fuese habitada» (Isaías 45:18). Y «todo lo que Dios hace será perpetuo» (Eclesiastés 3:14).

Así, en el Sermón del Monte el Salvador declaró: «Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad» (Mateo 5:5).

Así también el salmista había escrito mucho antes: «Los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz» (Salmo 37:11).

Con esto concuerdan las palabras de la Escritura: «El justo será recompensado en la tierra». Ellos «heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella» (Proverbios 11:31; Salmo 37:29).

Los fuegos del último día han de destruir «los cielos y la tierra, que ahora existen», pero han de surgir «nuevos cielos y nueva tierra» (2 Pedro 3:7, 13). Los cielos y la tierra serán hechos nuevos. «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Corintios 2:9).

Ningún lenguaje humano puede describir plenamente la recompensa de los justos. Solo será conocida por aquellos que la contemplan. No podemos comprender la gloria del Paraíso de Dios.

Sin embargo, tenemos vislumbres de esa tierra incluso ahora; porque «Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu» (1 Corintios 2:10). Preciosas para nuestros corazones son las imágenes de ese país que la Biblia nos presenta.

Allí el celestial Pastor guía a su rebaño a fuentes de aguas vivas. El árbol de la vida produce su fruto cada mes, y las hojas del árbol son para el servicio de las naciones.

Allí hay corrientes que fluyen siempre, claras como el cristal, y junto a ellas árboles ondulantes proyectan sus sombras sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Allí las extensas llanuras se elevan en colinas de belleza, y los montes de Dios alzan sus elevadas cumbres. En aquellas pacíficas llanuras, junto a aquellas vivas corrientes, el pueblo de Dios, por tanto tiempo peregrino y errante, hallará un hogar.

«Mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras y en lugares de reposo tranquilos». «Nunca más se oirá en tu tierra violencia, ni

destrucción ni quebrantamiento en tus fronteras; sino que a tus muros llamarás Salvación, y a tus puertas Alabanza» (Isaías 32:18; 60:18).

«Edificarán casas, y las habitarán; plantarán viñas, y comerán su fruto. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque mis escogidos disfrutarán largo tiempo la obra de sus manos» (Isaías 65:21, 22).

Allí, «el desierto y el yermo se alegrarán por ellos; y el páramo se regocijará, y florecerá como la rosa». «En lugar de la zarza crecerá el ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá el mirto» (Isaías 35:1; 55:13).

«Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; y un niño los pastoreará». «No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte», dice el Señor (Isaías 11:6, 9).

Ya no habrá más lágrimas, ni cortejos fúnebres, ni señales de luto. «Ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron». «No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada su iniquidad» (Apocalipsis 21:4; Isaías 33:24).

Allí está la Nueva Jerusalén, la capital de la nueva tierra glorificada, «corona de gloria en la mano del Señor, y diadema real en la mano de tu Dios». Su luz es «semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, transparente como el cristal». «Las naciones de los que son salvos andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán a ella su gloria y honor. (Isaías 62:3; Apocalipsis 21:11, 24).

El Señor dice: «Me gozaré en Jerusalén, y me alegraré en mi pueblo». «El tabernáculo de Dios está con los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán

su pueblo, y Dios mismo estará con ellos, y será su Dios» (Isaías 65:19; Apocalipsis 21:3).

En la tierra hecha nueva, solo morará la justicia. «No entrará en ella ninguna cosa impura, ni quien haga abominación o mentira» (Apocalipsis 21:27).

La santa ley de Dios será honrada por todos los que están debajo del sol. Aquellos que se han mostrado fieles a Dios guardando sus mandamientos, morarán con él.

«En su boca no fue hallada mentira». «Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo» (Apocalipsis 14:5; 7:14, 15).